

CRONICA CULTURAL

Por encima de cualquier otro, la actualidad cultural española tiene hoy un nombre: Hispanoamérica. En verdad, nunca, o casi nunca, ha dejado de citarse este nombre aquí; pero es tal la fuerza con que ahora se proyecta sobre nuestra cultura, que no puede por menos de ser traído a esta avanzadilla de la crónica, como cifra de toda ella. Aun recordamos la conmemoración, en el Consejo de Investigaciones Científicas, del cuarto centenario de la Real Provisión que, el 27 de noviembre de 1546, convirtió a la ciudad de El Salvador en capital. Hablaron allí D. Ciriaco Pérez Bustamante, secretario del Instituto «Fernández de Oviedo», recién llegado de la república centroamericana; D. Rodolfo Barón Castro, de la Academia de la Historia de El Salvador, consejero de su Legación en España; el presidente de la Real Sociedad Geográfica, D. Pedro de Novo, y el ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de El Salvador, D. Antonio Alvarez Vidaurre. Hablé, sobre todo, allí, nuestro agradecimiento a quienes supieron no avergonzarse, en un mundo corroído por maritenianas hipocresías, de nuestro común y honrado linaje. Pero han sido después los hispanoamericanos quienes singularmente han venido a buscar el diálogo. Ya llegará nuestra vez. Por de pronto, en La Habana o en Santiago de Chile, como antes en Buenos Aires y en Montevideo, dejaron nuestros libros su mensaje. Pero el de ellos lo han traído hombres. Y la presencia en España de tantos nombres entrañables —el argentino Anzoátegui, o el chileno

Eyzaguirre, o el P. Derisi, o el P. Sepich, como ayer mismo Goyeneche o Pablo Antonio Cuadra—, ha bastado para reavivar en nosotros ese matiz atlántico que a veces veíamos muchos un tanto desvaído. Por encima de cualquier contingencia, quede consignada en el haber de la cultura española esa aportación que, a manos llenas, han venido a brindarnos hermanos de Ultramar.

ANZOÁTEGUI Y EYZAGUIRRE EN LA CÁTEDRA
«RAMIRO DE MAEZTU».

Fué Maeztu un «noventa y ocho». Como Baroja, como Unamuno... Como ellos, un corazón nuestro en atormentada discordia con un cerebro extraño. Por espacio de quince años, de 1905 a 1920, Maeztu se esforzó por hacernos como el nos soñaba: puritanos, trajinantes, imperialistas... Luego vino lo que, sin demasiado aspaviento romántico, yo llamaría su conversión. A Maeztu nosotros no podemos ya verle sino cómo el Maeztu embajador de España en Buenos Aires, fundador, después, de «Acción Española», autor de la «Defensa de la Hispanidad», y, sobre todo, mártir, que, en honrada rúbrica de sus convicciones, murió asesinado por los amigos de M. Maritain y sus piadosos colaboradores de «la mano tendida». En 1899, Maeztu había escrito esto: «¡verdad que nuestros hijos no sabrán conjugar el *fero, tuli, latum*, ni quién fué Recaredo, pero, en cambio, se formarán al aire libre, en el trabajo, serán hombres, y, a ser posible, hombres de presa y de botín?» Dicen que, poco antes de su muerte, se dirigió a sus verdugos: «Vosotros no sabéis por qué me matáis; yo sí sé por qué muero: porque vuestros hijos sean mejores que vosotros.» Entre 1899 y 1936, lo había aprendido. Primero, en el desencanto de aquella humanidad «de presa y de botín», cuya osquedad vió en los campos de batalla de la primera guerra mundial, sin tener que esperar a la segunda. Después, en la ilusión que ilumina como una aurora las primeras, solemnes palabras de la «Defensa de la Hispanidad», que ciertamente producen el temblor augural de las grandes revola-

ciones. «España es una encina medio sofocada por la yedra. La yedra es tan frondosa, y se ve la encina tan arrugada y encogida, que a ratos parece que el ser de España está en la trepadora, y no en el árbol. Pero la yedra no se puede sostener sobre sí misma...» Todos los hombres de raza hispánica debieran sabérselo de memoria. Porque fué ésa la expresión de un ideal tan grande, que su misma muerte no le pareció a Maeztu precio demasiado subido para comprarlo.

Justo es, pues, que sea el nombre de Ramiro de Maeztu el de la cátedra que, a cargo del Instituto de Cultura Hispánica, se ha fundado en la Universidad de Madrid, para «fomentar el estudio de los principios constitutivos de la comunidad espiritual de los pueblos que recibieron de España su pensamiento y su ser» y «estrechar sus vínculos de conocimiento y amor», mediante el «análisis y proyección de aquellos principios y la investigación continuada y sistemática de la realidad del mundo hispánico». Justo es, también, que, después de la inauguración por María de Maeztu, profesora en la Universidad de Buenos Aires, que como nadie podría trazarnos, y trazó, la silueta espiritual de su hermano, hablaran allí Anzoátegui, y Eyzaguirre, y el P. Derisi..., como más adelante hablarán Alfonso Junco, el P. Sepich, Icaza, Cuevas, Rubio Mañó, Octavio Picó, Sáenz Quesada, el P. Castellani y Carrizo. ¿Importa demasiado la anécdota de lo que dijeron los primeros, junto a su sentido? Eyzaguirre, director de la revista chilena «Estudios», habló sobre «La fisonomía caballeresca de la conquista indiana»; el P. Derisi, a propósito de «La cultura hispanoamericana y el tomismo en la Argentina»; Anzoátegui... ¿Sobre qué habló Anzoátegui? Más aun que como poeta y escritor, yo le conocía como autor de las «Vidas de muertos», del «Poema de Don Juan Manuel de Rosas», y, sobre todo, de las tres simples, maravillosas palabras que dijo al abandonar su tierra: «Vuelvo a España», porque de esta España, donde él físicamente nunca había estado, partiera siglos atrás, hacia las Indias, su antecesor. Después de oírle, yo sólo recuerdo aquello, entrañable, de «España, nuestra Europa», que me sonó como un eco devuelto por Ultramar a quien poco antes había dicho que si Europa debe ser, para

nosotros, españoles, el objetivo, nuestra Europa se llama Hispanidad; yo sólo sé que fué su conferencia una letanía de flores ofrendadas a esta generosa imprudente que ha sido España; un «sí» rotundo a esa razón que tuvo y que sigue teniendo nuestra cultura, a esa última y definitiva razón, que se basta ella sola para oscurecer todas esas otras pequeñas sinrazones nuestras, en que tan a menudo, sin embargo, quedamos prendidos nosotros mismos: un «sí» definitivo a D. Ramiro de Maeztu. Pues si éste habló, alguna vez, de «los demonios extranjeros» que poseían a nuestros intelectuales, Anzoátegui, como Eyzaguirre, como tantos otros, han venido a decirle que su exorcismo actuó ya.

A PROPÓSITO DE UNAS PALABRAS DE TOVAR

En el último número de esta REVISTA, Antonio Tovar, que es uno de esos jóvenes eruditos que no desdeña asomar, de vez en cuando, su mirada sabia, madurada al sol de la antigüedad, a la luz cruda de la locura contemporánea, nos incitaba a recobrar la confianza en nosotros mismos, ¡porque si no!... Pobres como somos en tantísimas cosas, aun son nuestros los temas esenciales del hombre; todavía somos millonarios en profundidad. Anzoátegui, Eyzaguirre, nos traen esa confianza. Pero no ellos solos. Pienso ahora en los estudiantes, en los profesores, cuyos nombres no saldrán en esta crónica, pero que durante días, semanas o años, han convivido con nosotros, a la manera como nuestros enviados al Salvador convivieron allí, según expresión de Pérez Bustamante: no como huéspedes, sino como hermanos en fiesta familiar. A nosotros, esa palabra de hermanos nos agrada sobremanera. Muchos de esos hispanoamericanos habrán encontrado aquí, sí, el solar de los suyos. Todo el Norte de la península es como la matriz diminuta de un mundo gigante. Los hijos de éste, el argentino o el nicaragüense, el peruano o el mejicano, llegan a Asturias, a Vasconia, y encuentran allí el pueblo de donde hace un siglo partió su abuelo, y la casa en que nació, y la iglesia en que fué bautizado, y la plazuela de sus juegos, y aún a los amigos de su infancia.

Esa, sí, es la España madre; pero madre, tan de ellos como nuestra. Hermanos, pues, ellos y nosotros. Esto nos habla de futuro. A veces, las voces que de allí nos vienen son también nuestras. Así, el matemático Rey Pastor, que, tras veinte años de profesorado en Buenos Aires, ha vuelto a hablar en la Universidad de Madrid sobre «Problemas náuticos del Quinientos», y a recordarnos algo con lo que de antemano estábamos acordados: que «para desvanecer la leyenda negra no es necesario crear otra leyenda rosada igualmente falsa». Pero otras veces —las más— las voces que de allí vienen nunca las hemos oído, y, sin embargo, siempre nos parecen familiares. Esos intelectuales que vienen a enseñarnos, esos compañeros que vienen a trabajar, esos estudiantes que vienen a aprender, nos regalan la confianza en un porvenir apenas estrenado. Por ellos, nos congratulamos del descubrimiento de América. Y a fe que con más razones de las que pudieron tener los estudiantes de Manchester cuando lo pusieron a votación, y ganaron los partidarios de no deplorar el descubrimiento por 456 votos contra 78, que es una mayoría tan respetable como para tranquilizarnos sobre el particular.

UN DISCURSO DE FERRO Y OTRO
DE EÇA DE QUEIROZ

¿Hubiera reunido Colón 456 votos a favor, si previamente les hubiéramos dicho a los estudiantes de Manchester, tan respetables y sensatos como para poner a votación asunto cual el descubrimiento de América, que lo de América, descubrimiento y todo, no fué sino un cuento de hadas? Y, sin embargo, eso fué. Poesía, dijo Antonio Ferro, director del Secretariado de Información de Portugal, en el acto de presentación en España de la gran película lusitana «Camoens». Poesía, repitió, la historia entera de España y de Portugal. Y en prueba de su afirmación, nos recitó esas dos vidas paralelas, que son, en verdad, dos poemas paralelos, de nuestras naciones. Pero permítame el señor Ferro, buen amigo de España, que le enmiende un poco la plana: cuento de hadas,

y no sólo poesía, son nuestras historias. Cuento de hadas, con sus buenos y sus malos, y al final, siempre, la justicia para los primeros. Y cuento de hadas, terminaré, que por eso puede ser tan tremendamente revelador. Como para haber alumbrado un mundo y permitirnos hoy, él solo, descubrir la verdad de otro. Así es; si en 1910, Ortega decía que sólo desde Europa podía concebirse España, «hoy, sin duda, podemos afirmar contrariamente que sólo desde España y Portugal, hincados con firmeza en este agreste perfil de celtiberia que aun no ha perdido el sentido del honor y de la dignidad, podemos contemplar o imaginarnos el mundo». Son palabras del director general de Propaganda, Pedro Rocamora, en el homenaje ofrecido a los señores Ferro y Eça de Queiroz.

Pues el otro discurso fué el de Eça de Queiroz en el Ateneo madrileño. Digamos su título: «Eça de Queiroz visto por Eça de Queiroz», o el padre visto por el hijo. ¿Será sino de nuestros pueblos y de nuestras gentes sufrir lo que es más doloroso que el olvido o la negación: la desvirtuación? Pensaba en eso oyendo esta conferencia; pues de ella resultó, limpiamente abocetada por la filial devoción, pero también por el filial conocimiento, una silueta harto diferente de la que estábamos acostumbrados a contemplar. Aprendimos a respetar a un hombre a quien habrá que incluir, así, en la llamada «generación del rescate», sembradora del sentido que después recogería el actual Portugal. Y nos debe complacer que allí se acuda al pasado con ese ánimo de integración que siempre hemos de loar quiénes, por nuestra parte, también propugnamos una cultura centrada, sí, en algunos —pocos— principios esenciales, pero cultura ancha, abierta, que nada ni a nadie rechace, que lo sea todo menos cultura de partido o, peor aún, de capillita o camarilla.

EL PLENO ANUAL DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Ni la Hispanidad, ni España, han sido nunca valores absolutos. Sólo una archigrosera interpretación ha podido iden-

tificar la primera con cualquier pretexto de rapaz imperialismo. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas sirve, ante todo, a Dios, a la Ciencia; después, a la paz ecuménica; después, únicamente después —¿en cuántos países podría decirse esto?—, al enriquecimiento espiritual del país. Son palabras del ministro de Educación Nacional, pronunciadas en este Pleno, memorable en la historia del Consejo por ser el primero que se reúne tras la transformación operada por el Decreto del 22 de marzo de 1946. El propio ministro dió cuenta del significado de la reforma. Se trata, simplemente, de dar el paso que dió la Real Academia Española, fundada en circunstancias similares a las que presidieron el nacimiento del Consejo (fin de una guerra, necesidad de unificar una serie de esfuerzos privados, valiosísimos a veces, pero llamados siempre a desaparecer sin el mecenazgo oficial), al pasar del régimen de tutela oficial al de amplia autonomía. El Consejo, con sus nuevos edificios, tiene ya «hogar», no, simplemente, «casa». Era natural que procediera a organizarse en consonancia con sus nuevas posibilidades. Así, ha empezado por redistribuir sus secciones de esta manera: Patronato «Raimundo Lulio» (ciencias teológicas, filosóficas y jurídicas), «Menéndez y Pelayo» (ciencias históricas y filológicas), «Ramón y Cajal» (ciencias médicas), «Alonso de Herrera» (ciencias agrícolas), «Alfonso el Sabio» (ciencias matemáticas y físicas) y «Juan de la Cierva» (ciencias aplicadas). Y es que el Consejo ha crecido. En el último Pleno se dió cuenta de los miembros fallecidos en el pasado año. Uno de ellos fué D. Domingo Sánchez, colaborador de Cajal. Y recordaba yo, a propósito del fallecido, las páginas en que el maestro Cajal contó sus juveniles fatigas por hacerse con un mínimo y enteco material de investigación. Sí; gracias a Dios, el Consejo ha crecido. Se multiplican sus Institutos, crecen las bibliotecas, aumenta el número de sus colaboradores, y su labor es conocida y apreciada en Portugal, Suiza, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Suecia, Italia, Inglaterra, Estados Unidos e Hispanoamérica. No hace mucho que el profesor Thomas Moore, O. S. B., decano de la Facultad de Psicología y

Psiquiatría de la Universidad católica de Washington, nos visitara para pronunciar dos series de conferencias en la Universidad de Madrid y en el Instituto «San José de Calasanz», de Pedagogía, del Consejo. En el VII Pleno, al que asistía el doctor Leite Pinto, fueron nombrados consejeros de honor el doctor Fischer, director del Instituto de Biología de Copenhague, y los profesores Arturo Sioll, Ecker, Rubio Mañé, Cordeiro Ramos, Gabriel Pinto Coelho y Correia, rectores los dos últimos de las Universidades de Lisboa y Coimbra, respectivamente. Creemos firmemente en una de las aspiraciones más queridas por el Consejo: dar plena sustantividad a la figura del investigador profesional, emancipándole plenamente de la función docente. En tanto se consiguen ese y otros más ambiciosos fines, nos basta, no ya creer, sino contemplar lo realizado hasta ahora por el Consejo en los trescientos quince volúmenes que en la sesión de clausura fueron ofrendados al Jefe del Estado, como testimonio de la producción del año 1946. Rodeado de sus cincuenta y cuatro revistas periódicas, de las quinientas tres obras hasta la fecha publicadas, el árbol simbólico del Consejo Superior de Investigaciones Científicas ha echado profundas raíces en la cultura española.

Los premios concedidos en el pasado año de 1946 fueron los siguientes: Ciencias: a D. Vicente Roglá Altet, por su «Nuevo método para el cálculo elástico de las bóvedas delgadas»; a D. Enrique Becerril, por «La regulación de los ríos»; a D. Francisco Poggio y D. Joaquín Otero, por «Caracterización y valor de las porfirinas en líquidos biológicos»; a D.^a Teresa Bataller, por «Estudio del electroshock sobre los centros nerviosos hemorreguladores y la función suprarrenal»; a D. José Martínez Salas, por «Generalización de las integrales singulares a la integral de Stieltjes»; a don Vicente Villar, por «Saponinas en el reino vegetal»; a D. Antonio Camuñas, por «Nuevo generador de descargas eléctricas». Letras: a D. José Guerrero, por «Las miniaturas de las Cantigas»; a D. Atilano González, por «El *liber commicus* de la liturgia mozárabe»; a D. Manuel Dualde, por «El compromiso de Caspe y la Valencia de su época»; a D. Leo-

poldo Zumalacárregui, por «La Casa de Contratación»; a D. Raimundo Feniker, por «El concepto de naturaleza»; a D. Manuel Alvar, por su «Contribución al estudio del dialecto altoaragonés», y a D. Juan Mercader, por «Barcelona durante la ocupación francesa».

UN SEMINARIO DE LEXICOGRAFÍA

Cité antes a la Real Academia Española. La Real Academia Española es ya vieja; como que fué fundada, en 1714, por Felipe V. Vieja y respetable. No podría deducirse de ello que sin bríos. A veces, desde estas mismas columnas, he censurado esa excesiva quisquillosidad con que algunos pretenden salvar un idioma, encorsetándolo de antemano en cuatro reglas archirrígidas. No significa eso, empero, que vaya yo a preconizar la anarquía de una lengua sin Reales Academias encargadas de «fijar, limpiar y dar esplendor» a las palabras, y, como dice Julio Casares, de velar por que el tipógrafo del más remoto país y de la más humilde imprenta del mundo hispánico sepa a qué atenerse en cada momento, aún para tan enormes minurias como la colocación de un acento. Pues esto es, sencillamente, cultura. Culta y briosa, la Real Academia ha inaugurado un Seminario de Lexicografía. Es decir, como explica Sánchez Mazas, una oficina en que se investigue, se indague y se practique el sumario del idioma. La Academia en pleno decidirá después y dictará sentencia, y así, racionalmente, según número, peso y medida, se irá desarrollando la que Unamuno llamó «Su Majestad la lengua castellana».

La expresión es hermosa y acertada. Decía el marqués de Lozoya, hablando en El Salvador, en su reciente misión, sobre el barroco, que éste es nuestra raza, porque «es amplio, grandilocuente y magnífico como España, y como ella, es también generoso y acogedor». Y seguía: «de la misma manera que la raza hispana se mezcló con todas las razas, el barroco admite todos los estilos y todas las culturas», y es románico en Compostela, árabe en Aragón, gótico en Levante, azteca en Méjico, incaico en el Perú y chino en las

Filipinas, y lo mismo anima esas catedrales que son —así la de Méjico— «como grutas de oro», que las más pobres misiones de California o del Paragnay. Pero nuestra lengua es también así. Recoja y estimule la razón su anchurosa diversidad. Y sea ocasión de grabar en todos la conciencia de su majestad, el ya inmediato centenario del nacimiento de Cervantes.

ANTE EL CENTENARIO CERVANTINO

A propósito de éste, ¡se habla ya tanto! Ha sido nombrado el Patronato, con su junta de honor y sus comisiones, ejecutiva y permanente. Se nos promete: primero, reconstrucción de lugares cervantinos de Alcalá; segundo, ediciones críticas y populares, y premios a la obra periodística de divulgación, a la editorial y a la monográfica; tercero, cine; cuarto, propaganda oral; quinto, abrir la ruta de Don Quijote —museo y parador en El Toboso—; sexto, exposiciones; séptimo, música y teatro; octavo, como remate de todo lo dicho, una magna asamblea de la lengua castellana. Lo repito: sirva el centenario, y en especial la asamblea, para grabar en todas las mentes la conciencia de nuestra lengua. Ni aquí, ni en nada, admito exclusivismos. Tiene cada lengua su genio, y es necio pretender acumular en una todas las perfecciones. Pero no lo es menos negárselas en redondo a una. Ahora, cuando muchos andan enamorados de giros y formas extraños, es bueno recordar que de otros giros y de otras formas andan necesitados estos tiempos para salvarse, y que no sería extraño encontrar esas formas en el genio de nuestro idioma. Pero confiemos en que algo más se obtendrá del centenario. Que hablemos todos una misma lengua es cosa de poco si eso no nos lleva a pensar en un unánime estilo; y pocas cosas pueden conducirnos a ello como una real devoción por quien, como Cervantes, tan a maravilla nos representa. Mas llegados aquí, es preciso confesarlo: no se percibe en España, no se percibe entre los intelectuales españoles, una presencia de Cervantes análoga a la de Shakes-

peare en el mundo anglosajón. Rara será la obra, aun de escasas ambiciones, escrita en inglés, en que no se cite o no se aluda de alguna manera al dramaturgo gigantesco. Entre nosotros, sólo ahora empiezan a divulgarse un poco los Autos de Calderón, y, sin embargo, ellos son el acta notarial de la España barroca. Y Cervantes, o es patrimonio de la mera erudición —que es respetabilísima, pero que no basta—, o se queda en enojoso recuerdo de los días escolares. No sé si, como Ledesma Miranda ha observado, entrará en ello esa manía por ver ante todo en nuestros clásicos a los «maestros del idioma», archisolemnes y archiolvidados, puesto que el solo tocarles una coma acarrea excomunión, que aleja, es claro, aun a los más impávidos. Pero eso, en todo caso, es evitable. Claro que mediante una obra más bien larga, sólida y tenaz que fugaz y brillante. Congresos y centenarios son peligrosamente propicios a esto último. Del Patronato encargado de celebrar este centenario esperamos un diestro soslayar sus muchos riesgos.

MANUEL MACHADO

«... Y Sevilla.» Va para dos años que, en una de estas crónicas, recordé el verso final de la más conocida poesía de Manuel Machado. Tras adjetivar magistralmente, una por una, todas las ciudades andaluzas, el poeta, ante Sevilla, hace ese quiebro colosal que es adjetivarla sin adjetivos. Sólo Manuel Machado, quizá, pudo hacer eso. Y ahora, Manuel Machado ha muerto.

Valle Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Manuel Machado, Marquina, Juan Ramón Jiménez... De la promoción de poetas del 98 sólo queda el último. Una promoción dentro de la cual uno podrá escoger con arreglo a sus preferencias, pero ninguno de cuyos miembros deja de representar un acento propio. Así, cabrá preferir la poesía honda, «para pensada», de un Antonio Machado o de un Unamuno, a «la gracia alada», como «para cantada», de los versos de Manuel. Cuéntase incluso de éste que, en trance de dedicar un libro de poemas de su hermano, lo hizo «en nombre del mejor». Eso no empece a que, como Pemán observa, si de la obra de

Filipinas, y lo mismo anima esas catedrales que son —así la de Méjico— «como grutas de oro», que las más pobres misiones de California o del Paragnay. Pero nuestra lengua es también así. Recoja y estimule la razón su anchurosa diversidad. Y sea ocasión de grabar en todos la conciencia de su majestad, el ya inmediato centenario del nacimiento de Cervantes.

ANTE EL CENTENARIO CERVANTINO

A propósito de éste, ¡se habla ya tanto! Ha sido nombrado el Patronato, con su junta de honor y sus comisiones, ejecutiva y permanente. Se nos promete: primero, reconstrucción de lugares cervantinos de Alcalá; segundo, ediciones críticas y populares, y premios a la obra periodística de divulgación, a la editorial y a la monográfica; tercero, cine; cuarto, propaganda oral; quinto, abrir la ruta de Don Quijote —museo y parador en El Toboso—; sexto, exposiciones; séptimo, música y teatro; octavo, como remate de todo lo dicho, una magna asamblea de la lengua castellana. Lo repito: sirva el centenario, y en especial la asamblea, para grabar en todas las mentes la conciencia de nuestra lengua. Ni aquí, ni en nada, admito exclusivismos. Tiene cada lengua su genio, y es necio pretender acumular en una todas las perfecciones. Pero no lo es menos negárselas en redondo a una. Ahora, cuando muchos andan enamorados de giros y formas extraños, es bueno recordar que de otros giros y de otras formas andan necesitados estos tiempos para salvarse, y que no sería extraño encontrar esas formas en el genio de nuestro idioma. Pero confiemos en que algo más se obtendrá del centenario. Que hablemos todos una misma lengua es cosa de poco si eso no nos lleva a pensar en un unánime estilo; y pocas cosas pueden conducirnos a ello como una real devoción por quien, como Cervantes, tan a maravilla nos representa. Mas llegados aquí, es preciso confesarlo: no se percibe en España, no se percibe entre los intelectuales españoles, una presencia de Cervantes análoga a la de Shakes-

sólo ha triunfado, sino que ha pasado a hacerse auténticamente clásico. Mas, aparte de clásico y magistral, ¿qué es? En el prólogo que el doctor Marañón ha escrito para la cuarta versión castellana de la obra, él y el autor discuten largo y tendido el asunto. Es un libro violento, dice el autor. No es atroz, pero no violento, porque es humano, le responde el prologuista (y en esto —digo yo— tiene razón; el «Duar-te» es natural, y esto, en época que el cine y la literatura extranjera han plagado de esas mal llamadas «obras psicológicas», que no son sino melodrama barato con cuello duro, es un mérito); lo que sucede es que hay que leer el «Duar-te» como se leen los crímenes y las pasiones descomunales de los dioses griegos, como se leen algunas producciones de la literatura rusa. —Es un libro español. —Y universal. —Es un libro inmoral. —No; es moral, como las novelas picarescas españolas; su finalidad es ejemplarizar... Alguna vez opiné a propósito del tipo de literatura en que se inserta el «Pascual Duarte». Por hoy, contentémonos con calificarlo, con el criterio inglés, de admirable... en cuanto a la literatura concierne; y dejemos pendiente, en cuanto a lo otro, la discusión.

Pero entonces, ¿cómo no habremos de hacer lo mismo con «La Infanzona» de Benavente, estrenada en Madrid después de haberse representado en Chile y en la Argentina? Benavente, la máxima figura que ha tenido, tiene y probablemente tendrá en muchos años el teatro español (reducido, fuera de él y alguna auténtica revelación joven —Ruiz Iriarte— a reponer a sus clásicos), se ha distinguido de ordinario por unas cualidades que más bien calificaría yo de exóticas. Su teatro —decía ya, con clara intención peyorativa, que, por cierto, no comparto, Cejador— es teatro europeo, pedagógico, conservador, sin drama, y con mucha, demasiada filosofía. En «La Infanzona», al menos, Benavente ha vuelto a ese otro teatro sombrío al que alguna vez ya acudió. Dejemos, dejemos también pendiente la otra calificación —la no literaria— de este «Pascual Duarte» de la escena.

GUSTAVO DE MAEZTU Y OTROS PINTORES

Gustavo de Maeztu, en cambio, se movía en un mundo diferente. No, no estamos ante un Solana o un Zuloaga. La talla de este pintor vasco con sangre inglesa, estentóreo y cordial, y, detrás de su aparente exotismo, rabiosamente español, no era ésa. Si como litógrafo, Pompey le califica de «el mejor de España después de Goya», fuera de ahí, no, no era un Solana ni un Zuloaga; por fortuna para él, muy otra es también su significación. Naturalmente, d'Ors, apenas se ha mentado el «casticismo» del pintor, ha salido a la arena para puntualizar que «no era, no, el pintor Gustavo de Maeztu el castúo que se pretende». A Maeztu, afirma, le molestaba que le llamaran «the basque painter» o «le peintre castillan». Pero apelativos como esos nos molestan a todos. Digamos, si acaso, que, «si no castúo, español». Y español con especial empeño por parecerlo, por hacerse «pintor representativo», no mero retratista de encargo. Tuvo hambre de grandes muros que llenar, y por eso, sus obras —la última, «El toro ibérico» presentada en la Nacional de 1946— son, con independencia de su intrínseco valor, una perenne acusación a esos pintores nuestros, tan conformistas, tan resignados, tan «buenas personas» frente a los tópicos admitidos.

No es esto estimular a todos a improvisarse pintores murales. Ya los tenemos, y buenos: Vázquez Díaz o Aguiar, por ejemplo. Sí es estimular a quienes deban ser estimulados a emanciparse de unas fórmulas que no pueden reflejar excesivas inquietudes espirituales, porque sin éstas, ¿puede haber arte que verdaderamente sirva a su tiempo? En el Círculo de Bellas Artes se ha celebrado la exposición anual de los artistas laureados con primeras medallas. De lo que ese examen de conciencia ha inspirado, copiaré algunos juicios: «entre los pintores españoles se sabe el oficio a maravilla, hasta llegar al virtuosismo profesional», pero «a la mano no se la puede dejar sola al servicio de los ojos», y «es menester huir de todo arte inmóvil, de formas convenciona-

les». Este juicio también: «exceptúense de tales reparos a un Gregorio Toledo, a un Aguiar, o a Frau, o a Mosquera, o a Moisés, o a Vázquez Díaz». ¿Quiénes son más: las excepciones o las reglas? Contestación ajena: la exposición nos deja indecisos ante el inmediato futuro. Y observación propia: es conveniente tener presente esto: que el realismo es bueno en cuanto asegura al artista la comunicación con el público; malo, en cuanto le aleje de la educación del público.

Dos pintores han expuesto después, a los que ciertamente no cabe dirigir el reproche, pese a no estar entre los antes exceptuados: Valentín de Zubiaurre y Pedro Bueno. El primero, con los que ya llamé «sus inevitables vascos». Pero con esos vascos Valentín de Zubiaurre, como su hermano, o Chicharro, o Anglada, lucharon por introducir la brisa fresca de una pintura con inquietudes en el ambiente cargado de un arte que ya no era ni realista, sino falso, como hecho de grandes cortinones y tremendos cuadros de historia: la pintura de bambalinas, de página de «La Ilustración Artística», de fin del siglo XIX. Y en cuanto a Pedro Bueno... Justamente por esa «nostalgia», por esa «niebla» de sus cuadros, alguien le calificará de pintor musical, y por ende, nada sano. Sí, quizá; pero buen pintor, justamente por querer ser más que pintor, y agregar al oficio sensibilidad; y esa es la moraleja que me importa aquí.

PREMIOS

De Ismael Herráiz y de Xavier de Echarri pueden ustedes conocer más de cuanto yo pueda decirles con sólo acudir a la noticia que de ellos se daba en el último número de esta REVISTA. Del primero les recordaré, además, las palabras que escribió Sánchez Mazas a raíz de la aparición de «Italia, fuera de combate»: «lo más importante y lo que me llena de dolor, de estupor y de maravilla es la extensión, la intensidad vigorosa de la pintura. Se reconoce inequívoco el cuño de la gran escuela española». De Pedro Gómez Aparicio les diré a ustedes que, si a Echarri y a Herráiz les caracterizó Murlane, respectivamente, como «la cortesía» y

la «ira del bien», para aquél buscó el calificativo de «la alta probidad». A Herráiz le ha sido concedido el Premio nacional de periodismo «José Antonio Primo de Rivera», y a los segundos, el «Francisco Franco» de la misma especialidad. En cuanto a Pérez Ferrero, a quien se ha otorgado el premio «Luca de Tena», habré de señalarle como perspicaz periodista, biógrafo de Baroja y de los hermanos Machado; queda, en fin, José María Sánchez Silva, que ganó el Premio «Cavia», de ilustre tradición en el periodismo español. Pero a éste ya le presenté alguna vez como uno de nuestros más admirables cuentistas, y aunque sólo les hablara a ustedes de cierto «Bolumba, rey de los negros», la existencia de otras obras de que entonces no les di cuenta («El hombre de la bufanda», «La otra música», «La ciudad se aleja» y «No es tan fácil»), no me hará, por cierto, rectificar. Sánchez Silva posee, además, los Premios Nacionales de literatura y periodismo, y esa agrídulce mezcla de humor y de ternura que suele llamarse humorismo.

Otros premios han sido: el «Eugenio Nadab», concedido a la mejor novela española entre las presentadas, que, entre ochenta y dos, ha resultado ser «Un hombre», de José María Gironella, y, en otros campos, el Premio Africa 1946, adjudicado a D. Tomás García Figueras, por su «Africa en la acción española» y el de Literatura «José Antonio» 1946, ganado por D. José Camón Aznar, con su obra «Influencia de Goya en la pintura universal».

En fin, el Instituto de Cultura Hispánica ha dispuesto la creación de un premio «Mundo hispánico», para «estimular la producción intelectual sobre temas relacionados con los principios constitutivos, los valores esenciales y los estilos de vida de los pueblos integrantes de la comunidad cultural hispánica», otorgándolo al mejor libro, al mejor artículo o conjunto de artículos y al mejor guión de película sobre los temas que cada año se señalen, y que para el año de 1947 serán, respectivamente, «Causas, caracteres y consecuencias de la independencia americana», «Valor del idioma castellano» y «Hernán Cortés». Y, con el fin de estimular en lo posible el harto decaído teatro español, acaban de instituirse

unos Premios Nacionales de Teatro en la siguiente forma : dos, de 10.000 pesetas, titulados «Ruperto Chapí» y «Jacinto Benavente», para las dos mejores obras lírica y dramática, respectivamente; dos, de 100.000 pesetas, que, con los nombres «Amadeo Vives» y «Eduardo Marquina», se concederán a las dos mejores compañías lírica y dramática, y uno, «Lope de Rueda», de 40.000 pesetas, para la compañía dramática que más se haya distinguido por su actuación en provincias, a más de cuatro de 10.000 pesetas para les mejores interpretaciones.

MARAÑÓN EN LA CENTRAL.
LAS «OBRAS COMPLETAS» DE
ORTEGA

Una diferencia tuvo la generación del 15 con respecto a la del 98 : los del 98 no pasaron de solitarios autodidactos ; los otros, en cambio, llegaron con fácil naturalidad a aquello que sus antecesores se esforzaron vanamente por conseguir : el discipulado. Pensaba yo en eso ante el fervor con que se oía disertar en la Universidad de Madrid al doctor Marañón sobre «El proceso de Antonio Pérez». Marañón tiene prometida hace tiempo una obra sobre el tema, que nunca se esperará con demasiada impaciencia, si se tiene en cuenta lo que representaron su Olivares, su «Enrique IV», o su «Feijóo». No, los del 98 han logrado que, pese a sus faltas, a su tremenda desorientación española, los amemos ; nunca han conseguido, como han conseguido sus sucesores, que espontáneamente les llamemos de usted.

Con esto no pretendo emitir un juicio de valor. A lo mejor, aquél a quien tuteamos queda, y pasan los otros. Aún entre éstos... El tiempo dirá, sobre muchas cosas, la última palabra. De d'Ors, por ejemplo, se ha observado que sus «Glosas» ganan leídas en volumen, mejor que en la parva y a veces aparentemente insípida porción que de ellas nos sirve el periódico de cada mañana. Cualquiera sabe si el papel de d'Ors, que todos reconocen alto, pero muchos no tan alto como en realidad está en la Bolsa cultural española, no va a subir todavía a más en el futuro. Porque a d'Ors hay que sa-

berle descubrir bajo las apariencias. Por ejemplo: sus glosas pueden parecerse simples hojas volanderas, y un día, tal vez, descubrimos que son piedras de un monumento que, poco a poco, han ido, ellas solas, alzando. ¿Descubrirán así, algunos, andando el tiempo, la armadura interior de las obras de Ortega: su filosofía? La publicación de los primeros tomos de sus «Obras completas» —unas «Obras completas» en tomos grises, «Obras completas» verdaderas, más que las del año 1932, que en realidad no pasaban de «Obras menos incompletas»— ha puesto al rojo vivo la cuestión discutidísima de la filosofía de Ortega. Pues sobre su valor «culturalista» —tal como el P. Iriarte lo denomina— o de estilista un poco engollado, un poco enfático, pero maravilloso, no hay duda. Ortega es, sólo por eso, maestro de una generación e iniciador de un estilo que, más o menos fielmente seguido, es el nuestro (y no hablo sólo, es claro, ni principalmente, de estilo literario). Pero lo repito: Ortega, ¿es filósofo?

Julián Marías, un nombre que deben ustedes tener muy en cuenta si quieren irse haciendo una idea de lo que será la cultura española de los próximos años, y, más concretamente, la filosofía española, no duda en presentarnos a Ortega, ya, como creador de una filosofía, con su método de la razón vital e histórica, y propulsor de la filosofía española contemporánea (en 1914, Ortega se llamaba profesor de filosofía (in partibus infidelium)). Gracias a él, España tiene, por primera vez en trescientos años, actualidad filosófica. Si es cierto que Ortega no ha expuesto aún su filosofía de manera sistemática, en sus escritos queda apuntada, esquemáticamente, es cierto, pero de modo suficiente e inequívoco. Ortega, en suma, viene a decir Julián Marías, no tiene solamente «ideas», es decir, opiniones, sino un cuerpo fundamental de doctrina. Otros niegan esto último. Yo, que no soy filósofo, me inhibo; me contento con apuntar, a propósito de la publicación de sus «Obras completas», a la figura extraordinaria de Ortega y Gasset. Por lo que toca a su filosofía, el tiempo, o él mismo, nos darán razón.

PÉREZ SERRANO Y AUNÓS, ACADÉMICOS

Don Nicolás Pérez Serrano ha pronunciado su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. El discurso versó sobre «El Poder constituyente». Llegó Pérez Serrano a la Academia tras una vida de fecunda dedicación al Derecho público. Suyos son los comentarios a la Constitución de 1931, el «Concepto clásico de soberanía y su revisión actual» y «La Diputación permanente de Cortes en nuestro Derecho constitucional histórico». Director de las *Revistas de Derecho público* y de *Legislación y Jurisprudencia* y abogado, la actividad del nuevo académico, venturosamente amplia en tiempos de tan cerrado y miope especialismo, no ha dejado de alcanzar ni aún al Derecho privado. Para mí, empero, y espero que para cuantos le oyeron en la cátedra, Pérez Serrano quedará, sobre todo, como profesor. No es tan frecuente, en efecto, encontrar en la cátedra hombres que lo sacrifiquen todo, incluso esa presunta reputación de Dios sabe qué sibilina sabiduría a que parecen aspirar algunos, para consagrarse de todo corazón a lo que, no obstante, es su fundamental quehacer: la docencia. Y en su discurso de ingreso no faltan, por cierto, la claridad, el rigor y la difícil naturalidad de la mente que siempre asocio al catedrático de Derecho político de la Universidad de Madrid.

Más Pérez Serrano, en la Academia, significa algo más, y él mismo cuidó de advertirlo. Porque, antes de catedrático, fué auxiliar de D. Adolfo Posada, y antes y después se ha ufano en proclamarse discípulo del fallecido tratadista. De éste, no hace mucho que se publicó «La idea pura del Estado». Representó Posada en la historia del Derecho político español algo peculiarísimo, tanto como pudieron también serlo las posturas de Santamaría y de Enrique Gil y Robles. Fué la de éste la tradicionalista, tan llena de soberanos aciertos como silenciada o desconocida; Santamaría quedó caracterizado, desde luego, como tratadista del doctrinarismo vigente con Cánovas en las instituciones oficiales;

en Posada se vinculó la discrepancia krausista, que tanto influjo —y tan diversamente juzgado— ha ejercido en nuestra Patria, en todos los órdenes. Nos interesan de ella, a nosotros y hoy, los innegables aciertos, mejor que ahondar pasadas diferencias. Así, más que nada llega a nuestra sensibilidad la crítica agudísima del absolutismo estatal que late en el pensamiento político de Posada, venido así a coincidir insospechadamente, bien que por otros caminos, con D. Enrique Gil y Robles. A Pérez Serrano cabe caracterizarle como el mejor expositor y continuador que pudo encontrar el viejo maestro, en el momento en que otros influjos —no todos mejores— se dibujaban ya en nuestras Universidades.

Personalmente, puedo reprocharle a ese pensamiento esenciales limitaciones. Puede hoy acusársele, además, de inactual, a tal punto las nuevas circunstancias van arrinconando hacia la trastienda de la Ciencia política conceptos que ayer mismo eran exclusivos, como el del Estado nacional, y así lo reconoció Pérez Serrano. Y, sin embargo, y por lo que a esto toca, ¿cabe declarar ese pensamiento absolutamente caducado? ¿No habrá en él elementos más susceptibles ahora de aplicación que en el tiempo mismo para el cual fueron formulados? Nada sería más imprudente que una contestación negativa.

De Pérez Serrano esperamos, por eso, nuevas e interesantes aportaciones. Le contestó D. José Gascón y Marín, de quien ya di razón en estas páginas. Ha sucedido Pérez Serrano en la Academia a D. Adolfo Pons y Umbert, biógrafo de Cánovas y concienzudo investigador del Derecho parlamentario español.

Aunós, representa otras corrientes (y recuérdese que en esta Crónica no se trata tanto de valorar figuras como de «situar» figuras): aquellas que toman cuerpo bajo el gobierno del general Primo de Rivera, como reacción —todavía sin demasiada conciencia de sí misma— contra todo lo anterior, corrientes que, no por ser principalmente políticas, pasaron sin dejar una cierta huella cultural. En su discurso de ingreso en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Aunós habló sobre «Las últimas evoluciones del Derecho»:

Derecho social y económico», y acertó a reflejar el carácter esencialmente dinámico y evolutivo de las ciencias jurídicas en la actualidad. Aunós ha sido ministro y embajador de España; en la actualidad es presidente del Tribunal de Cuentas. Culturalmente, su vasta inquietud le ha alejado de la investigación especializada. Aunós ha escrito fácil y abundantemente sobre Derecho, Historia, política y aun sobre ese particular aspecto que sus biografías de ciudades, y en especial de París, han revelado. Mente ordenada, ha trazado en sus escritos sobre la historia española contemporánea un verdadero «itinerario», esquemático y claro en su conjunto, que en esa selva que es nuestra política del XIX habrá orientado a bastantes extraviados. A Aunós le respondió en la Academia D. Eloy Montero, canonista y decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Central.

UNA OBRA DE LARRAZ

La obra de Larraz, ex ministro de Hacienda, de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, es el esfuerzo de un economista por demostrar: primero, que tanto el capitalismo liberal como el comunismo caminan, por senderos diferentes, pero ambos impulsados por imperativos históricos y económicos, hacia una sociedad gremialista, que, dígase pronto, no es en modo alguno una sociedad totalitaria, sino cabalmente lo contrario; segundo, que esa desembocadura es, además, lo más conforme con los naturales principios de toda sociedad debidamente constituida, tal como los han apreciado, con mayor o menor exactitud, hombres como La Tour du Pin, Su Santidad Pío XI, Duguit, Valois, Macztu, Ginor, Santamaría, Posada, los guildistas ingleses y Carr; tercero, que esa evolución, que podrá realizarse en los países anglosajones a favor de su innegable educación cívica y política, y en Rusia mediante la obligada y progresiva sustitución del Estado gran capitalista por la sociedad, deberá partir, en el continente europeo, de la autoridad, como ya señaló Oliveira Salazar, si no se quiere hacerle dar el trágico e inútil rodeo del totalitarismo ruso, como sucedería

ineluctablemente de pretenderse una mimética e imposible adaptación al pie de la letra de las formas políticas anglosajonas.

Larraz, que, por cierto, se lamenta del contraste entre el esfuerzo de las minorías españolas por estar al tanto de todo lo extranjero y su escasa labor creadora (habría que ver hasta qué punto no influye en esto, como en el excesivo ensayismo de una generación que quiso serlo todo menos ensayista, las circunstancias, nada propicias a una labor de seria elaboración científica), habla, según él, en nombre de «la generación de los cuarenta años», la más apta, asegura, para comprender íntegramente las excelencias del tipo ideal por él propuesto como deseable e históricamente probable. Ese tipo es de madurez. No es ésta ocasión para criticar la obra de Larraz. Se suceden los acontecimientos en nuestro tiempo tan velozmente, que se da en todos nosotros la contradicción de seguir aplicando por inercia conceptos viejos a realidades nuevas, a las que se les han quedado chicas las antiguas vestiduras. Larraz realiza en su obra un esfuerzo por adaptar su mente a las nuevas medidas, tanto más de loar cuanto más contrasta con el fatal simplismo dominante en los medios intelectuales más responsables de allende las fronteras. Pero yerra, a mi juicio, si pretende hablar en nombre exclusivo de los de cuarenta años. Con mayores o menores reparos de detalle, su esfuerzo es también el de los que acabamos de doblar los treinta años, y aun, me atrevería a decir, el de todo el pensamiento político español. Hemos vivido lo bastante de prisa como para haber alcanzado la madurez a marchas forzadas. Nuestra generación es sana, crítica, ha adquirido un santo horror al tópico y a cualquier clase de entusiasmo jaranero y ostentoso; es una generación de personas serias. Por eso, la obra de Larraz, optimista, por cristiana, pero no ciega ante los peligros, tiene, junto a su valor intrínseco, un valor «representativo» que justifica su inclusión en esta Crónica.

JOSÉ MARÍA DE AREILZA

Representativo es también, y me refiero a la cultura, José María de Areilza, nombrado Embajador de España en la Argentina. Areilza nació en 1909; aun no ha llegado, pues, a la cuarentena. Ha sido ya en la vida bastantes cosas, pero es en potencia muchísimas más; en él podemos encontrar al político, al ingeniero, al hombre de leyes, al escritor, al catedrático, al economista... Con ser fundamentalmente hombre de acción, sus cimientos doctrinales son lo bastante profundos como para justificar la inclusión de su nombre en esta Crónica. Areilza procede, intelectualmente, de la «Acción Española» de Ramiro de Maeztu; escribió, en colaboración con Fernando María Castiella, «Reivindicaciones de España», e inauguró este año con sus «Embajadores sobre España». Esos jalones intelectuales pueden servirnos de eje en torno al cual montar la personalidad entera del hombre: una personalidad que yo calificaría de cuadrada. En otros, en efecto, el servicio de un ideal dado provoca un como desquiciamiento interno, por el cual ciertas cualidades se hipertrofian en detrimento de las demás. Pero no en balde nació Areilza en ese rincón vasco que, en cierta manera, ha venido a imprimir su tono a la España del siglo XX, como el estilo andaluz prevaleció, en cambio, en la del XIX. Y ese tono vasco es el equilibrio; el clasicismo. Areilza es prodigiosamente equilibrado. Por eso llega a tantos campos; también, es claro, por capacidad, pues su paso por cada uno de ellos no es el aleteo superficial, sino el ágil, pero firme caminar. Por eso es un gran polemista político; el objetivo, en él, jamás enturbia la visión ni el reconocimiento del papel de la técnica. Es profundamente español; pero también parece, por su dinámico optimismo y su atención al «aquí» y al «ahora», un hombre de fronteras afuera. Se le ha calificado como «el espécimen ideal del español de 1947», y aunque la expresión no resulte elegante, sí tiene, en cambio, toda la razón.

LA DEFINICIÓN DEL DOGMA DE LA ASUNCIÓN

Non nos debe doler nin lingua nin garganta
que non digamos todos: Salve, Regina Sancta...

Desde Berceo, la cultura española, cuanto más auténtica, más prendida ha estado de la teología. Y, dentro de ésta, de la devoción mariana. Argüir que eso puede redundar en detrimento de la cultura, sólo puede acreditar una mala fe insigne. No era en los tiempos de mayor decadencia cultural de España cuando nuestras Universidades juraban defender el misterio de la Concepción de María, ni era la época de máxima decadencia de nuestro arte, sino al contrario, aquélla en que se cantaba a la «flor de las flores» que ya loara Juan Ruiz. Proclamando el dogma de la Concepción, por el cual tanto batalló España, es ahora el de la Asunción el que, coronando una cadena que empieza en la petición del obispo de Osma, y sigue con las de Isabel II, Doña María Cristina y Alfonso XIII, ha solicitado de Su Santidad el Jefe del Estado español, en nombre de su pueblo.

Sin duda, que la cultura no es precisamente la teología. D'Ors ha señalado el lugar de la primera en una zona intermedia que, sin ser ya del César, todavía no pertenece directamente a Dios. Justamente por eso, «olvidados de los confines entre Césares, trascendidos los confines entre creencias», es ahí posible una universalidad de la que fué clara muestra el Congreso de filosofía convocado por el Instituto di Studi filosofici que se celebró en Roma del 15 al 20 de noviembre de 1946, si no con unanimidad, al menos con cordial y fructuoso coloquio entre sus miembros; pero, ¿hasta qué punto, sin embargo, una filosofía, una cultura, pueden a la larga subsistir sin apoyarse en los valores sobrenaturales? Ni creemos que un hombre sea capaz de comportarse como tal sin aspirar, de algunas manera, a lo angélico, ni que una nación persista sin degradarse si no busca en uno u otro modo lo internacional, ni que una cultura laica pueda dejar de convertirse, tarde o temprano, en barbarie. No olvidemos las palabras que el Papa dirigió a esos mismos congresistas:

CRÓNICAS

«¿Le queda a la filosofía otro camino que no sea el de la desesperación, que no halle sus soluciones en Dios, en la Eternidad, en la inmortalidad personal?» A quienes no creemos en filosofías del desastre como única desembocadura de la cultura, ha de parecernos máximo exponente del actual pensamiento español la petición elevada a Su Santidad para que declare y defina solemnemente como verdad revelada por Dios y dogma de fe católica la Asunción corporal de María Santísima a los cielos.

JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO.

RECENSIONES

